

LELIO.
Habla.
Yo os lo contaré,
Pisad quedo y escuchad:
Ya sabeis que Marco Antonio
Me venció en el mar salado,
Y ya sabeis que por tierra
Triunfó de Antonio Octaviano;
Ya sabeis que quise á Irene.
LELIO.
Fué influencia de los astros.
LÉPIDO.
Pues viendo que ella desprecia
Un amor que há tantos años
Que es roca á su residencia,
A su constancia peñasco;
Vengo á hacer el mayor hecho
Que en hojas de bronce y mármol
A la memoria esculpieron
Scipiones y Alejandro.
OCTAVIO.
¿Vienes á robar á Irene?
LÉPIDO.
Ya mi amor está templado,
Y no quiero yo mujer
Que solicite otros brazos;
Que cuando llegue á los mios,
Si se acuerda del que ha amado,
Será forzoso el cariño
Y violento el agasajo.
LELIO.
¿Qué intentas?
LÉPIDO.
Vengarme della,
Y vengarme de Octaviano;
Dél, porque le dió á su hermana,
Della porque ha despreciado
Mis finezas.
OCTAVIO.
¿De qué suerte?
LÉPIDO.
Pisad quedo, y venid.
LELIO.
Vamos.
LÉPIDO.
Yo he de librar á Cleopatra
Y Marco Antonio, si el hado
Me permitiere benigno
Ver mis intentos logrados.
OCTAVIO.
¿De qué suerte?
LÉPIDO.
A ese castillo,
Donde Irene está apostando
Un ruego á una resistencia,
Y una confianza á un agrado,
Envíe un soldado esta noche
Que atrevidamente cauto
Le diese á Antonio un papel
Donde digo que le aguardo
En el mar con una nave
En que le ofrezco el amparo
De un amigo, si hay amigos
Para un hombre desdichado;
Joyas le envié tambien,
Por si con ellas acaso
Pudiese doblar las guardas,
Y otro papel he enviado
A Cleopatra, y un vestido
De hombre, con que disfrazado
La voz y el traje, podrá
Huir desde el monte al prado.
OCTAVIO.
¿Qué intentas con eso?

LEPIDO.
Intento,
Que ni Irene ni Octaviano.
Ni él logre aquel Etna ardiente,
Ni ella aquel volcan helado;
Para que todos á un tiempo
Una experiencia tengamos,
Del fuego ella en que me quemó,
El del hielo en que me abrasó,
Yo de una venganza honrosa,
Y porque no sean entrambos,
Cleopatra tan infeliz
Ni Antonio tan desdichado.
LELIO.
¿Sabe Cleopatra que á Antonio
Avisaste?
LÉPIDO.
Ya han llegado
Las dos espías, y dicen
Que ya á los dos avisaron.
LELIO.
¿Saben el sitio en que aguardas?
LÉPIDO.
Si saben; con cien soldados
Tú á Antonio en aquel márgen
Que riega ese arroyo manso,
Y tú puedes á Cleopatra
Esperar con otros tantos,
Que yo parto á prevenir
La nave.
OCTAVIO.
¿Pues qué esperamos?
LELIO.
A obedecerte partimos.
OCTAVIO.
Ley es en mi tu mandato.
LELIO.
Débate Egipto ese triunfo.
OCTAVIO.
Débate Roma ese aplauso.
LÉPIDO.
De Irene me he de vengar.
LELIO.
Vengarásle de Octaviano.
(Vanse Lelio, Lépidio y Octavio.)
CAIMAN.
¿Qué he de hacer deste secreto,
Que le tengo atravesado
En el corazon, y está
Dando en el pecho mil saltos
Por salirse? ¿pero yo
Había de ser silbato?
Ser ladrón, vaya, que en fin
Es oficio aprovechado;
Ser gallina no es peor,
Que como un hombre sea sano,
Aunque ande con mil valientes
Vivirá ducientos años;
Pero soplon, eso no,
Allá se lo haya Octaviano,
Con sus celos se lo coma,
Huyan los amantes caros,
Que todo lo que es huir
Cuando sea necesario
Me parece á mí de perlas,
De diamantes y topacios;
Ahora bien, en este suelo,
Pues que la noche ha cerrado,
Presumo dormir agora
Tan rendido como largo;
Que mi sargento me ha dicho.
Que he de hacer la posta al cuarto
Postrero, y yo quiero agora
Dormir en todo este ochavo;
Aquí en la playa del mar
Tengo de asentar mi rancho,

Que corre aquí un venticello
Tanto como yo, y es harto;
Sueño de marido pobre
Tengo; ahora bien, durmamos,
Que yo he cobrado ya fama
Para estar durmiendo un año.

Sale CLEOPATRA, con un vestido de
hombre debajo del brazo, en lo alto
de un peñasco.

CLEOPATRA.
Con lo oscuro de la noche
Desta tienda de Octaviano
Sin que su oído me atienda
He salido á este peñasco
A ponerme este vestido
De hombre, que Lépidio ha enviado.
¿Qué callada está la noche!
¿El inquieto mar qué manso!
¿Esta maleza qué oscura!
¿Todo aquel monte qué opaco!
¿Cómo me podré librar?
Si irme en este traje aguardo,
No podré, que está cubierto
De centinelas el campo;
Si aquí me estoy, es posible
Que si despierta Octaviano
Se malogré mi esperanza.
¿Qué haré, cielos soberanos,
Pues tan cerca de la dicha,
Tan lejos del bien me hallo?

Sale EL SARGENTO.

SARGENTO.
Aquí pienso que bajó
Caiman, y aunque le he avisado
Que ha de hacer posta, sospecho
Que se habrá ido; roncando
Está en la playa. ¿Ha Caiman?

CAIMAN.
¿Quién me llama?
SARGENTO.
Yo le llamo;
Venga á hacer la posta.
CAIMAN.
Posta,
Tan bien como todos la hago
Cuando me importa.

SARGENTO.
Así es;
Pero venga á hacer el cuarto
De la modorra.

CAIMAN.
¿Qué nombre
Es el que me da?

SARGENTO.
Octaviano.
CLEOPATRA.
¿Octaviano dió por nombre?

CAIMAN.
Vamos, seor sargento.

SARGENTO.
Vamos.
CAIMAN.

Si á hacer la modorra voy,
Yo me dormiré en llegando.
(Vanse el Sargento y Caiman.)

CLEOPATRA.
Parece que más propicio
Quiere socorrerme el hado,
Pues sé el nombre, si mudarme
En el traje de hombre bajo,
Y probaré esta fortuna;
Sedme favorables, astros;
El sueño á Octaviano ocupa,

Pues con este nombre, en tanto,
He de libentar un alma;
Noche, infundidle letargos. (Vase.)

Sale MARCO ANTONIO.

MARCO ANTONIO.
Venció á las guardas el oro;
Sali del castillo al campo,
Que el oro es llave que ha abierto
Los alcázares más altos;
En este monte ha de estar
Con cien soldados Octavio
Esperando á que yo logre
Este ardid, valor, huyamos.
¿Qué oscura yace la noche!
Si leer procuro, los rayos
De la luz que escribió el sol,
No se ve en el aire un rasgo;
En el mar, el prado, el monte,
Lo sombra se ha amontonado,
Y el concurso de las sombras
Busca su primero caos.
¿Por dónde podré pasar
A aquel monte, que he pensado
Que las centinelas mudas
Han de corregir el paso?
Buscar por aquí procuro
Una senda. (Vase.)

Sale CLEOPATRA por el monte.

CLEOPATRA.
Mar salado,
Acógeme en tus espumas,
Halle en tus aguas amparo
Una infelice mujer;
Bajé con el nombre al prado,
Diéronme paso dos postas,
Y á la tercera llegando
Pidió el nombre; yo, que apenas
Voy á pronunciarle, tardo,
Y respondo Marco Antonio,
Yendo á decir Octaviano;
Que como este nombre estaba
En mi memoria grabado,
Me olvidé del que aborrezco
Y repetí el que idolatro;
En el puerto la esperanza,
Que cuando el fuego disfraczo
La calentura de amor
Saliese en voces al labio.
OCTAVIO. (Dentro.)
Cleopatra ha salido al monte,
Seguirla todos, soldados.

CLEOPATRA.
Todo el campo me ha sentido,
Y ya despierto Octaviano
Sale de la selva al monte;
Este el hecho más extraño
Ha de ser que hayan oído
Los egipcios y romanos;
Vaya esta para la mar.
(Arroja la ropa y una basquiña á la
mar.)

Ya arrastro un amor profano;
Vaya á la mar este adorno
Instrumento de mis daños;
Sea este puñal aquí,
(Clava el puñal en el arena.)

De mi ruina el aparato,
Y oiga el mundo mi constancia;
Desta manera, tirano,
No podrás lograr tu amor,
Recibame el mar salado
En sus salobres entrañas
Y no me goee Octaviano.
(Hace como que se arroja, y entrase.)

OCTAVIANO. (Dentro.)
Cleopatra al mar se arrojó;
Bajad todos.

LOS ÁSPIDES DE CLEOPATRA.

Sale MARCO ANTONIO.

MARCO ANTONIO.
¡Ay de mí!
La voz de Cleopatra oí,
O el oído me engañó.
¿Si su amor constante ó ciego
Le quiso precipitar
Porque apague todo un mar
Lo que encendió todo un fuego?
Ciertos como son mis males
Mis evidencias serán,
Que sin que haya viento están
Moviéndose los cristales.

OCTAVIANO. (Dentro.)
En el mar está, sin duda;
De la tienda se ha arrojado.

MARCO ANTONIO.
¡Oh quién se hubiera quedado
Solamente con la duda!

Salen OCTAVIANO y OCTAVIO, con
un hacha encendida.

OCTAVIANO.
Venid á la playa.

OCTAVIO.
Vamos.

OCTAVIANO.
Que aún no habrá mucho imagiuo.

MARCO ANTONIO.
Segunda vez me destino
Al abrigo destes ramos; (Escóndese.)

OCTAVIANO.
Desde aquí escuchar podré
O mi victoria ó mi muerte.

OCTAVIO.
¡Hay más infelice suerte!
Sobre la espuma se ve
Su vestido y el cendal
Que fué nube á su hermosura.

OCTAVIANO.
Sobre esta lancha procura
Manifestar el cristal
Del abismo.

OCTAVIANO.
Pues entremos;
Déjate esa antorchita aquí;
Muerta es Cleopatra ¡ay de mí!
Pon á la lancha seis remos,
Busquémosla desta suerte.

OCTAVIO.
Pues entra en la lancha.
(Vase, y dejan una hacha de tea arri-
mada á un peñasco.)

OCTAVIANO.
Ven.

MARCO ANTONIO.
Tuve un bien, y fué aquel bien
Una señal de mi muerte;
Ya murió Cleopatra bella,
Ya el mar la habrá sepultado,
Ya no soy más desdichado,
Que ya falleció mi estrella;
Un bulto en el agua miro,
Y agora es fuerza templar,
Porque no se inquiete el mar,
El viento con que suspiro;
Olas, mi amor ayudad,
Haga mi piedad su oficio,
(Entra al vestuario, y saca una ropa
de Cleopatra.)

Iba á buscar un indicio,
Y encontré con la verdad;

Sólo me dió la mar pura
Por seña de que murió
Este adorno que sobró
A su infelice hermosura.

OCTAVIANO. (Dentro.)
No parece ya.

MARCO ANTONIO.
¡Oh dolor!
Imposible de escuchar!
Más feliz que yo es el mar
Pues la ha guardado mejor;
Busqué en el mar despojos
De una desdicha tan cierta;
Ya sé que si ella está muerta,
Que no la errarán mis ojos.

(Mira al vestuario, entra y saca unos
cabellos.)

¡Ay mi Cleopatra, ay luz mía!
No parece en el abismo,
Estátua soy de mi mismo.

¡Oh ejemplo de Alejandria!
¡Oh prodigio varonil
Del más portentoso amor,
Anegada y mustia flor
A las lluvias del Abril!
Otro ejemplo soy igual,
Y pues vivir es morir,
Contigo voy á vivir
En el salobre cristal;
Pero más mi pasión yerra,
Yo propio me he de matar;
Da tú un ejemplo á la mar,
Y yo le daré á la tierra.
¡Ay esposa, ay firme amor!
Ea, dame la muerte quiero,
No traigo conmigo acero,
Pero ya traigo dolor;
Un sudor me cubre helado
Y antes que muera, pues muero,
Ir á que me maten quiero
Los áspides deste prado.

(Va á entrar, y topa la daga de Cleo-
patra.)

El prado un acero fiero
Ha producido á mi pena,
Lágrimas sembré en la arena,
Y ella produjo un acero. (Toma el acero.)

Esta es la dicha primera
Que dió mi estrella importuna,
No es poco que la fortuna
Me haya dado con qué muera;
Cleopatra, luz á quien sigo,
Aunque yo soy mi homicida,
Hoy ha de empezar mi vida,
Pues voy á morir contigo.

(Escribe en el arena.)

Dé la arena testimonio
De mi más felice suerte,
Mi vida escribió en mi muerte;
Aquí vive Marco Antonio.
Peñasco azul, parda arena,
Cielo, aire, mar espumosa,
Clavel, galan de la rosa,
Jazmin, que amas la azucena;
Clicie, que al sol enamoras,
Aguila, que al sol te atreves,
Garza, que los vientos bebes,
Tórtola, que tu amor lloras;
Peces, que el mar discurreis,
Fieras, que el monte habitais,
Nubes, que el aire ocupais,
Peñas, que mi mal sufris;
Todos daréis testimonio
Al que este amor no creyere,
Que aquí Marco Antonio muere
Y aquí vive Marco Antonio.
(Dase una puñalada y cae muerto.)

Salte CLEOPATRA medio desnuda.

CLEOPATRA.
Fingi que al mar me arrojaba,
Y en una gruta silvestre
(Bostezo que dió la tierra
De perezosa ó estéril)
He estado hasta ahora oculta;
Y porque todos creyesen
Que di en el mar, un peñasco
Para que las aguas suenen
Arrojé del monte al mar;
Y para que me creyesen,
Esta seña de mi vida
Para indicios de mi muerte;
Esta defendida playa
De tantos árboles verdes,
A mi libertad deseada
Seguridades ofrece;
Porque los soldados todos,
Y Octaviano, que los mueve,
Buscan por el mar indicios
De mi ruina aparente;
«Aquí Marco Antonio vive,»
Dijo el aire, ó es que quieren
Lisonjear el oído
Los vientos que al alba crecen.

IRENE. (Dentro.)
Antonio huyó del castillo,
Seguidle todos, no quede
Senda por todo ese monte
Que el cuidado no penetre;
Lépido le habrá amparado.

CLEOPATRA.
La voz es esta de Irene,
Antonio huyó del castillo,
Pidanme albricias las fuentes;
Viva mi esposo y yo muera,
Veré si la arena tiene
De sus plantas estampada
La seña; aquí parece
Que varias plantas pisaron
Ese nunca hollado albergue;
Él huyó con los soldados
Que le esperaban; hoy quiere
Mi ya marchita esperanza
Volverse á vestir de verde;
Volverlas quiero á mirar,
Esta playa á quien rebelde
En la brevedad de un día
El mar castiga dos veces:
Sobre la no seca arena
Grabada una línea tiene,
Que conserva la humedad
Que le dejó la creciente.
(Lee.) «Aquí Marco Antonio vive,»
Dice, seas segundo Félix,
Que cuando en mi llama mueras,
Tu misma vida te herede.»
Albricias me pedís, flores,

Estos funestos cipreses,
En vez de estériles frutos
Produzgan flores alegres.
Callad, agoreras aves,
(Topa con Marco Antonio.)

Pero en esta margen verde,
A quien este manso arroyo
De tanto aljófar guarnece,
Yerto un cadáver distingo;
La sangre áun corre caliente,
Para que la seca arena
De rojo coral se riegue.
Ver quiero si con la antorcha,
O bien yace ó bien fallece.

(Toma la antorcha y mírale.)
¡Válgame el cielo! ¿Qué he visto?
¡Infelice yo mil veces,
Que para herir con los males
Me han amagado los bienes!
¿Mi bien? ¿Mi esposo? ¿Señor?
¿Mal haya el acero aleve
Que tu pecho de jazmines
Le matizó de claveles!
Al sol que hermoseó la tierra
O por claro ó por ardiente,
De la luna le eclipsaron
Las turbias amarilleces.
Este es mi acero, ¡ay de mí!
Tú te has dado á ti la muerte;
Mi queja al monte lastime;
Mi voz en sus ecos quiebres.
Y de mi fatal estrella
Fieras y hombres se lamenten.

(Echese en la arena.)
Leona soy, que á bramidos
Dar otra vida pretende
Al hijuelo que en la gruta
Toda la arena enrojece;
Quebrado espejo, en quien ya
Verse mis ojos no pueden,
Leona soy, oye mi voz,
Si tiene oídos la muerte;
Desde mi pecho á mi labio
Mi queja se desconcierte.
Porque á este roto instrumento
Todas mis voces disuenen;
Contigo quiero morir,
Antonio, que es muy decente,
Pues nos dió un aliento vida,
Que un sepulcro nos celebre;
Hermosa corte del Mayo
Que de piadosa ó de fértil
Porque entre flores descansan
Aspides sangrientos meces,
Permite una de tus flores;
(Toma una flor, y quita della un áspid.)
Flor, permite que despierte
Un áspid sólo de cuantos
A su encanto se adormecen;

Áspid, si hambriento te nombran,
En mis rojas venas prende,
Porque hijo de mis iras
De mi sangre te alimentes.
(Pónese un áspid en un brazo y otro
en otro.)

Cúmplase la maldición
De aquella mujer, y lleguen
A apasionar mis lamentos
Los oídos más rebeldes.
¿Lépido, Irene, Octaviano?

Salen LÉPIDO, IRENE, OCTAVIANO,
LELIO, CAIMAN y TODOS.

OCTAVIANO.
¿Quién me llama?

IRENE.
¿Qué nos quieres?

CLEOPATRA.

Ya Marco Antonio murió,
Y ya Cleopatra fallece.
En el jazmin de mis brazos

(Corre sangre de los brazos.)

Ya el áspid rústico muere;
Antonio fué la luz mía,
Y al soplo del austro leve
Se quedó en negra pavesa
La que era reliquia ardiente.
Irene, ya te has vengado;
Aves, fieras, montes, peces,
Ved este extremo de amor,
La edad esperada cuenta
El ejemplo más constante
Que dió el bronce á los pinceles.
Tuya soy, Antonio mio,
Con parasismos anhele
Esta llama á quien le falta
Materia en que se alimente;
Yo muero, y muero de amor,
Volved á llorar, cipreses,
Háganme exequias los mares,
Corran lágrimas las fuentes,
Y todos á una voz digan,
Cuando mi ruina cuenten,
Que aquí murió Marco Antonio
Y que aquí Cleopatra muere.

(Cae muerta sobre Marco Antonio.)

LÉPIDO.
¡Oh amante el más infeliz!

IRENE.
En él mi amor escarniente.

OCTAVIANO.

Y aquí la comedia acaba;
Si acaso perdon merece
El ingenio que la ha escrito,
Hacedle el favor que siempre.

PRIMERO ES LA HONRA QUE EL GUSTO.

PERSONAS.

LEONOR. FLORA, criada. DON JUAN. PEPINO.
DOÑA ANA. DON FÉLIX. DON RODRIGO, viejo. MÚSICA.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON JUAN por una parte,
y FLORA por otra.

DON JUAN.
El suceso del papel
Vengo á saber, bella Flora.

FLORA.
Ya se le di á mi Señora,
Y aunque fulminó cruel
Un destrozo riguroso
En sus amorosas penas
(Mas muriendo entre azucenas
No pudo morir quejoso),
En sus ojos advertía,
Notando su indignacion,
Que allá dentro el corazón
Otros afectos sentía;
Y al primer lance, no es
El desprecio muy severo,
Que al fin le leyó primero,
Aunque le rompió despues.

DON JUAN.
Pues, Flora, si le leyó,
No fué el romperle desden.

FLORA.
Y el modo del ser tambien
Mal desmentido mostró;
Que la airada tempestad
De aquel desagrado ingrato,
Fué más ley de su recato
Que enojo de su crueldad.

DON JUAN.
¿Qué esa cauta fulleria
Brujuleaste en su semblante?
Trueque ya en frutos de amante
Su flor la esperanza mia.
Tal la dicha viene á ser
Que llego indigno á lograr,
Que me obligas á ignorar
Los modos de agradecer.
Este diamante ya veo,
Flora, que es inferior paga:
No la deuda satisfaga,
Acredite mi deseo.

FLORA.
Mil años, sin que á tu amor
Se atreva esquivo desden,
Amante Matusalen
Goces, don Juan, de Leonor.
(Ap. Buenos mis enredos van;
La trampa ha sido cruel:
Ni á Leonor di tal papel
Ni conoce á tal don Juan;
Toda alcahueta se ajuste
A imitar mi proceder,
Que á un galán se ha de vender
A diamante cada embuste.)

DON JUAN.
¿Que al fin dices, Flora mia,
Perdóname lo cansado,

Que mostraba algun cuidado
Cuando mi papel leia?

FLORA.
Digo que atenta la vi
Decir, cuando le leyó,
Con un gustillo, que no;
Mas con los ojos, que sí.

DON JUAN.
Ay Leonor: hoy de tu gracia
Los halagos gozaré;
Siempre este lance juzgué
Por el de más eficacia.
(Ap. Quien las criadas granjea,
Consigue un medio importante.)

FLORA. (Ap.)
¿Qué fácilmente un amante
Cree las nuevas que desea!

DON JUAN.
De tu diligencia fio
La dicha de mi esperanza.

FLORA.
Buena será la fianza,
Remite al cuidado mio.
Pero aguarda: mi Señora
Y su padre, don Rodrigo,
Viene, no te hallen conmigo;
Vete, don Juan.

DON JUAN.
Adios, Flora.

FLORA.
Presto, que salen.
No olvides
Mi amor, que hoy he de fundar...

(Vase.)
FLORA.
Seguro puedes estar...
(Ap. De que no haré lo que pides.)

Salen LEONOR y DON RODRIGO.

RODRIGO.
¿Notable es tu condicion!

LEONOR.
No la culpes hasta oirme.

RODRIGO.
¿Qué razon puedes decirme,
Que abone esta sinrazon?
¿Todos, di, no culparán
Por error inadvertido,
Que no admitas un marido
Que es noble, rico y galán?

LEONOR.
No es replicar proponer
Aquello á que no me ajusto;
Sigue tú despues tu gusto,
Pero oye mi parecer.
Tan obediente á tu arbitrio
Me he de sujetar, que quiero
Que sea tuya la eleccion
Y mio el consentimiento;

Pero permite, negado
A apasionados afectos,
A la razon el oído.
Y á la prudencia el acuerdo:
Don Juan Osorio es galán,
Noble y rico, pero es necio;
Mide, pues, esos esmaltes
Sólo con este defecto,
Y yo sé que en mi favor
Sentenciará tu consejo;
Pues bien puedo asegurar
Que si procedes atento
A la obligacion de padre,
No has de consentir severo,
Por hacerme rica, hacerme
Desdichada, siendo ménos
Grave pension la de pobre:
Aunque yo, Señor, entiendo
Que es rico el pobre que vive
Con su fortuna contento.

RODRIGO.
Muy bachillera estás, hija;
Templa ese estilo, advirtiéndome
Que en el verdor de tus años
Pierden fuerza los consejos.
Si es necio don Juan, es rico,
Leonor, y en aqueste tiempo,
Quien puede más, vale más,
Porque los merecimientos
Fallecen desanimados
Si del oro á los reflejos
No se esfuerzan; el que es pobre,
No puede ser noble, puesto
Que no lo puede ostentar,
Que es lo mismo que no serlo.
Pues serlo para sí solo
Es rigor más que consuelo,
Porque viene á ser forzarse
A obrar siempre con respetos
De quien es, y no poder
Elegir indignos medios
Para vivir, con que tiene
De noble (¡grave tormento!)
Sólo las obligaciones
Y no, Leonor, los provechos.

LEONOR.
Y si yo, padre, probase
Que el que no fuere discreto
No será rico, ¿sintieras
Otra opinion?

RODRIGO.
Eso es bueno;
Por reirme de tu error
Permitiré el argumento.

LEONOR.
El ser rico no consiste
En tener dicha ó acierto
Para adquirir; sólo estriba
En tener buen regimiento
Para saber conservar
Lo adquirido; claro es esto.
Porque ¿qué importa que abunde
Yo en venturosos aumentos
Si en pródigos desperdicios
Los consumo y desvanesco?